

Pues bien, el día ha llegado:
El hombre hallé, Soledad,
Que hará la felicidad
Vuestra, si no me he engañado. —

Quedó Soledad estática
A don Braulio al escuchar,
Sin saber qué contestar,
Ni como seguir tal plática.

Pero anhelando salir
Del laberinto fatal,
En que estaba por su mal,
Llegó á don Braulio á decir.

—Os agradezco en el alma
Cuanto haceis por mi ventura,
Por mí, triste criatura
Que antes vivia sin calma.

Mas, señor, si mi presencia
No llega á desagradaros,
Permitid llegue á rogaros
Que pase aquí mi existencia.

Pues mas quiero, no os asombre,
Vivir siempre á vuestro lado,
Y con mi primo adorado,
Que ser esposo de otro hombre.

Fél. —(¡Qué conversacion tan grata,
Don Félix dijo entre sí:
Yo no respondo de mí
Si esta escena se dilata!)

Br. —Me agrada mucho, en extremo
Vuestro modo de pensar;
Y al oiros así hablar,
Menos un desaire temo.

Mi objeto al proporcionaros
Un esposo fiel, rendido,
Creedme, Soledad; no ha sido
El de mi casa alejaros.

Vuestra ausencia, no, jamas;
Antes con aquesta union
Pretende mi corazon
Atraeros mas y mas.

Fél. —(Pues, señor, estoy lucido.
Si mi rostro ahora confronto,
Lo debo tener de tonto,
Pero de tonto marido.)

—El hombre que anhele tanto
Que á vos se una en este instante,
Le conoceis vos bastante,
Y de él sois el dulce encanto.

Es uno á quien apreciáis
Y á quien tratais con cariño:
Hombre con alma de niño,
Y á quien con amor tratais.

En una palabra, un hombre
Que no se halla muy distante
De vos en aqueste instante,
Y vive aquí, no os asombre.

Fél. —(Estoy haciendo un papel
De marido de comedia;
Si el Señor no lo remedia,
Embisto á este hombre cruel.)

Sol. —¡Gran Dios! qué rayo de luz...!
Si de mi primo será
De quien hablándome está...

Fél. —(Estoy hecho un avestruz.)

Br. —Vuestro primo, Soledad,
Podrá deciros lo mucho
Que sois amada.—¡Qué escucho...!

Br. —Félix, decid, ¿no es verdad..?

Fél. —¡Oh! sí, mucho.. (Y yo le abogo..
¡Oh! con mis tormentos lidio..
Hoy cometo un Braulicidio...
Pues sí esto dura le ahogo.)

Sol. —(De mi primo habla, no hay duda.)

Br. —(No sé cómo proseguir.)

Fél. —(Hoy este hombre va á morir
Si Dios no viene en su ayuda.)

Sol. —(Aun no me descubre el nombre.)

Br. —(Y bien, bella Soledad.)

Sol. —(Y bien, don Braulio.—*Fél.*—(Piedad
Dadme, Señor, para este hombre.)

Braulio.

¿Nada me decís, hermosa?

Soledad.

Vos sois el que ha de decir.

Braulio.

Mas, sí....

Soledad.

Mas, no...

Félix.

Resistir

No puede mi alma afanosa.

Braulio.

Vuestro parecer aguardo.

Soledad.

Yo espero que me espliqueis...

Braulio.

¿Aun quién es no comprendéis...?

Soledad.

Si no me decís...

Félix.

(¡Yo ardo...!)

Braulio.

Pues ya que hablar es preciso,
Todo á esplicaros voy yo,
Bella Soledad.

Soledad.

¡Ah...!

Félix.

(¡Oh...!)

Braulio.

Oid, pues vuestra alma quiso.

Cuando os ví por vez primera,
Y una relacion cumplida
Me hicísteis de vuestra vida,
Sentí una amistad sincera.

Sentí dentro el corazon
Un afecto indefinible,
Cual de un hermano sensible
Que ama con tierna pasion.

Creí solo profesaros
Un cariño fraternal;
Puro, tierno, celestial,
Imposible de esplicaros.

Pero desde que he podido
Veros tan bella á mi lado,
A otra vida trasportado,
Jóven pura, me he creído.

Mi corazon, Soledad,
Que os idolatraba tanto,
Via una vida de encanto,
De eterna felicidad.

Mas esta pasion que mi alma
No acertaba á definir,
Es amor que ya á sufrir
Me obliga sin paz ni calma.

Sí, Soledad, es amor;
Pero un amor impetuoso
A la vez que respetuoso,
Que me abrasa con ardor.

¡Ah! Soledad, si apreciáis
Mi vida en algo, yo os pido
Aquí á vuestros piés rendido,
Que pronuncieis que me amais.—

Don Félix que arrodillado
Vió á don Braulio, demudóse,
Y al punto sobre el lanzóse,
Por la rabia arrebatado.

—¿Qué haceis, señor...? levantad:
Alzad, le dijo, al instante:
Esa postura humillante
Os degrada, á la verdad.

—Pero á vos, ¿qué os importa,
Contestó Flan, mi postura...?

Félix.

(¡Oh! no sé tanta amargura
Cómo el corazón soporta.)

—Por Dios, señor Flan, alzad:
La jóven dijo asustada.

Braulio.

No me hará de aquí alzar nada
Sino un fiel sí, Soledad.

Félix.

(No sé cómo me contengo
Sin romperle la cabeza.)
Don Braulio alzad con presteza,
Que yo un buen fin os prevengo.

Braulio.

¿Cómo...?—Sí; dejadme aquí
Que yo le arreglaré todo.

Braulio.

De esa suerte me acomodo,
Dijo, alzándose de allí.

—El Doctor, dijo un criado
Que llegó entonces á entrar;
Dice que os tiene que hablar
De un asunto reservado.

—Decidle que voile á ver,
Dijo Flan con mal humor.

Félix.

(¡Si también querrá el Doctor
Casarse con mi mujer...!)

—Don Félix, siguió diciendo
Don Braulio, de aquí me alejo,
Y con vuestra prima os dejo,
Cuyo amor lograr pretendo.

Vuestra promesa reclamo:
Decidla que me ame, sí:
Que ella es todo para mí,
Y que ardientemente la amo.—

Y sin aguardar respuesta,
Ni creer en su suerte mala,
Salió al punto de la sala
Con planta por demas presta.

Y don Félix, al mirarse
Solo y lleno de dolor,
Empezó con gran furor
Y sin quietud á pasearse.

—¡Oh! Dios mio.... esto es terrible...
Empezó á decir á gritos:
¡Oh...! malditos, sí, malditos...!
¡Vivir así no es posible...!

—Félix... ¡ah...! de penas baste...
¿Qué tienes...? di, ¿qué te pasa...?
—¡Que no se caiga la casa
Para que á todos aplaste...!

Sin libertad, sin ducados...
Sirviendo á un mísero ente...
La vida de un dependiente
Es vida de condenados...

—¿No me haces caso, mi amor...?
—¡Oh! que esta casa no se hunda,
Para que al punto confunda
A tí, á mí, á Flan y al Doctor...!

No solo pretende ser
Don Braulio dueño de mí,
Sino, ¡oh ciego frenesí!
Tambien hoy de mi mujer....

—Tú me haces, Félix, llorar...
¿Ya no me amas...? ¿no me quieres...?
¿Indiferente ya eres
Con la que te sabe amar...?

¿No eres tú todo el bien mio...?
¿No estás siempre en mi memoria...?
¿No eres tú el mundo y mi gloria,
Y el dueño de mi albedrío?

—¡Ah! Soledad, Soledad...
Dijo Félix con ternura,
Recobrando su dulzura
Y tierna amabilidad.

¡Perdóname...! te he ofendido
Haciéndote verter llanto...!
¡Ah! perdona...! te amo tanto...
Y tanto, tanto he sufrido...!

¡Que si no te amo preguntas...!
¡Que si no te amo, alma mia,
Cuando por tu amor daría
Todas las delicias juntas...!

—Ahora, sí, que eres mi esposo,
Mi Félix... mi amante tierno...
El hombre que el Ser Eterno
Mandó para mi reposo...

¡Oh! tú me amas, ¿no es verdad...?
Me amas con tierna pasión.
—¿Dudas de mi corazón
Mi adorada Soledad?

—¿Dudar...? ¡oh! no, Félix, no:
¿Y tú, dí, dudas de mí...?
—¿Dudar, hermosa de ti...!
Sería un infame yo.

Ha sido un delirio mío:
Un delirio de mi mente;
Mas Braulio, con alma ardiente
Te ama, y temo un mal impío.

—¿Hay mas que evitar su vista,
Esta casa abandonando,
Y un cuarto humilde alquilando
Donde yo tranquila ecsista?

¿De qué sirve, ¡oh Dios! vivir,
Sin estar de nada falto,
Si en continuo sobresalto
Le obligan á uno á ecsistir?

Tranquila allí viviré
Sin estas ansias impías,
Y libre cada ocho días
Cual antes, sí, te veré.

Y te podré en mi pasión
Hablarle sin temer nada;
Y tú estrechar á tu amada
A tu amante corazón.

—No, Soledad, no: jamás
Permitiré que por mí
Te prives del bien que aquí
Gozando al presente estás.

Aquí en la abundancia vives:
Aquí de nada careces;
Y tienes cuanto apeteces,
Y agasajos mil recibes.

Allí de todo privada,
Sola, triste y afligida,
Pasarias la tu vida
En llanto amargo anegada.

He sido yo un insensato
En martirizarte ha poco:
Perdóname, estaba loco;
Fué de furia un arrebató.

¿Qué nos importa que Flan
Te ame por siempre rendido,
Cuando yo estoy persuadido
De que es inútil su afán?

Suframos algo; y si un día
Es preciso, le diremos
Los lazos que ambos tenemos,
Y que eres la esposa mía.

Y tal vez entonces él
Viendo lo que hemos sufrido,
Bendiga, reconocido,
Amor tan puro y tan fiel.—

En este instante iba á entrar
Don Braulio, mas se detuvo,
Y tras de la puerta estuvo
Por saber qué iban á hablar.

Sol. —Voy á seguir tu consejo,
No hay por qué perder la calma.
Don Braulio es de noble alma;
No, ya de aquí no me alejo.

—Bien, dijo con alegría
Don Braulio siempre escondido:
Los consejos ha seguido
Del primo; vamos, ya es mía.

Fél. —Te encargo la discrecion.
Br. Vamos, la encarga la calma,
Y que no muestre del alma
La frenética pasion.

Sol. —Vive, Félix, descuidado:
Manejarme sabré bien.

Br. —¡Hola! ¡hola! ella tambien...
Soy un hombre afortunado.

Fél. —Descanso en tal confianza.

Sol. —¿Conque estás seguro ya
De que mi alma te amará,
Porque en tí su dicha alcanza?—

Don Braulio Flan sorprendióse
Tal palabra al escuchar,
Y creyó soñando estar,
Y su rostro demudóse.

Fél. —Sí hermosa mia, yo creo
Que me amas ardientemente,
Con la pasion vehemente
Con que amado ser deseo.

Con esa pasion que inflama
El corazon sensitivo,
Con aquese fuego activo
Que tiene el pecho del que ama.

—Pues fresco he quedado ¡oh Dios!
Dijo Braulio confundido:
Los he á mi casa traído
Para que se amen los dos.

Sol. —¿Y quién tiene, dí, derecho
A poseer mi corazón,
Sino tú, cuya pasión
Inflamó mi tierno pecho?....

—¿Quién sino tú, cuyo aliento
Hace que aliente mi alma?....
¿Quién sino tú que sin calma
Vives y en crudo tormento?....

—Pues lucido estoy quedando,
Dijo Braulio con furor;
Y conteniendo el dolor
Quedó otro instante escuchando.

Fél —Los ánjeles en el cielo
Gozan solo tal ventura....
Nadie, no, tanta dulzura
Ha conocido en el suelo....

¡Ah! Soledad, por favor,
Jura, cual te juro á tí,
Amar solamente á mí
Con inestinguible ardor. —

Y Soledad, con pasión
Abrazándole rendida,
Dijo: “Lo juro, mi vida,
Por mi eterna salvación”....

Y don Braulio esto al oír,
Dió un grito al punto espantoso;
Y dijo, entrando furioso,
“Ya no puedo mas sufrir”....

—¡Don Braulio... los dos dijeron
Al verle entrar sorprendidos:
Somos ¡ay! somos perdidos;
Y los dos palidecieron.

